

CUENTO

FINAL DE CUENTO

Bernardo Ruiz

Facultad de Filosofía y Letras

Esto le hizo comprender su destino. Tomándolo en sus brazos el héroe comenzó a calcular, a medir sus fuerzas.

Avido, ágil como un látigo debía lanzarse, alcanzar el alambre que iba a conducirlo al árbol, a la escalera y a la salvación.

Así, el héroe comprendió por qué hay hombres capaces de vender su primogenitura por un plato de lentejas o imperios y reinados por un caballo. Había suplido su sueño y su cansancio por el ardor en los ojos y el niño. Estaba desesperado para no sentir el miedo. El niño, perdido en su debilidad, se apretaba contra él en la añoranza del seno de su madre.

Quiso pensar únicamente en la mirada de la mujer que en ese instante hubiera suspirado por él, buscando recordarle que lo necesitaba tanto. Sintió al niño apenas protegido por su cuerpo; tras la ventana la noche aparecía iluminada por un resplandor intenso, casi tan bello como el tono de la piel de una mujer clara como la arena.

Se impulsó desde el fondo de la habitación. Luego la noche. Claudia era hermosa cada noche, pensó en el aire, antes que lo invadiera una infinita y profunda nostalgia.

